



Latin American Studies Center

The University of Maryland, College Park

**Narrativas políticas e
identidades intelectuales
en Argentina (1990-2000)**

Roxana Patiño

2003

Working Paper No. 10

Roxana Patiño (Argentina, 1957). Es Profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Se doctoró en la University of Maryland, College Park en 1995 y ha sido profesora visitante en la Universidade de São Paulo y la University of Texas at Austin. Se ha especializado en temas vinculados a las literaturas y culturas latinoamericanas del siglo XX. Sus últimos estudios se han concentrado en la relación entre la cultura intelectual argentina y los procesos democratizadores postdictatoriales, los debates en el periodismo cultural y literario latinoamericano y la literatura argentina contemporánea.

Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y co-editado junto con Saul Sosnowski *Una cultura para la democracia en América Latina* (1999). Ha publicado *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)* (1998), *El materialismo cultural de Raymond Williams* (2000). Está en proceso de edición un libro sobre *Identidades intelectuales y debates culturales en Argentina (1980-2000)*.

Roxana Patiño

**Narrativas políticas e
identidades intelectuales en
Argentina (1990-2000)**



2003

**Latin American Studies Center
University of Maryland, College Park**

LATIN AMERICAN STUDIES CENTER
Working Paper No. 10

LASC Executive Committee

Judith Freidenberg
Regina Harrison
Patricia J. Herron
Steven Klees
Roberto P. Korzeniewicz (Associate Director)
Roberta Lavine
Phyllis Peres
Carol Robertson
Saúl Sosnowski (Director)
Daryle Williams

Series Editor: Tanya Huntington

Copyright © 2003 by Roxana Patiño
ISSN 1535-0223

Latin American Studies Center
University of Maryland, College Park
0128B Holzapfel Hall
College Park, MD 20742

<http://www.umd.edu/LAS>

Narrativas políticas e identidades intelectuales en Argentina (1990-2000)

El punto de partida de esta investigación surge de la confluencia de dos líneas que conformaron el centro de mis indagaciones en los últimos años. Una línea está centrada en la relación entre intelectuales y política durante la transición democrática argentina en la década de 1980; en ella se analiza particularmente el conflictivo proceso de cambio de la cultura política de los intelectuales argentinos provenientes tanto del peronismo como de la izquierda, a través de los textos y debates registrados en las publicaciones —revistas y suplementos culturales— del período (Patiño). La discusión en torno a la “cuestión de la democracia” fue uno de los resultados clave de la reforma intelectual que redefinió tanto la identidad como la función de estos actores al tiempo que proveyó los elementos teóricos para pensar el cambio político —la democratización— como una operación cultural.

La segunda línea es, en parte, derivada de los interrogantes planteados y no resueltos en los conflictivos años de la transición y se relaciona con la reconfiguración de las identidades intelectuales en relación a la política en los noventa así como con los modos discursivos de narrar esa transformación.¹ Dentro de lo que en sus marcos más amplios podemos llamar la *cultura intelectual*, me interesa especialmente la zona vinculada a la figura del intelectual crítico, formada por un conjunto heterogéneo de pensadores pertenecientes a diferentes zonas del campo cultural (filosofía, historia, literatura, ciencias sociales, principalmente) y que a lo largo de las décadas anteriores fijaron su práctica específica en

estricta relación con la política. Identificada como la “izquierda intelectual”, su estatuto es decididamente interrogado y apelado en los años noventa. Este interés sobre la cultura intelectual de izquierda tiene que sortear, por cierto, todas las presunciones contemporáneas sobre la efectiva existencia y función de su principal sujeto. Es decir, mi interés se mantiene un paso más acá del acta de defunción con el que durante esos años se declaró la “muerte”, la “extinción” el “fracaso”, la “caída”, “el eclipse”, el “ocaso”, e incluso la definitiva “desaparición” del intelectual crítico. Si bien es constatable un franco debilitamiento y reconfiguración de la figura y los roles del intelectual moderno tal como lo concebimos al menos durante un siglo y más agudamente desde la segunda posguerra, eso no conlleva, en mi opinión, un proceso homogéneo que permita una taxatividad aplanadora sobre los intelectuales de los noventa. Tal hipótesis me permite al menos dejar en suspenso un juicio sumario e intentar auscultar una complejidad mayor en el proceso de reforma intelectual que se desarrolla durante esos años.

Si la “cuestión democrática” había sido el eje de los debates intelectuales y políticos durante la llamada década perdida, en los años noventa este eje se desplaza, progresivamente, desde la convicción hacia la insuficiencia de la democracia y, más aún, a su ineficacia. La profunda crisis de la política, la pérdida de su centralidad como coordinadora y conductora de los procesos sociales, afecta directamente la calidad de la democracia. Si, de hecho, fueron los intelectuales los que tuvieron una importancia capital como campo proveedor de un pensamiento crítico y propositivo de alternativas en relación al pensamiento democrático durante la transición, la preocupación se dirige a indagar cómo se resuelve en los noventa la separación de estos términos, cómo se piensa la política desde el campo intelectual, en el marco del menemismo. Me propuse iniciar, entonces, un estudio que prolongara algunos planteos de mi trabajo acerca de los intelectuales argentinos, y que a la vez diera cuenta de los problemas específicos de las culturas intelectuales postransicionales de los noventa, particularmente los vinculados a

aquéllos en los que los modos de pensar la política agudizan cambios en la identidad y la función intelectual.

Una de las primeras constataciones que llaman la atención en la producción intelectual de los noventa es su débil articulación colectiva. Si durante los ochenta es posible reconstruir posiciones colectivas, inclusive con tonos de fuerte antagonismo, durante los noventa estas configuraciones tienden a difuminarse, manteniéndose sólo aquellas formaciones que, debido al peso consolidado por el tiempo de su constitución y la densidad de sus intervenciones pasadas, tienden a permanecer nítidas en el campo. Dos factores, creo, contribuyen a esto: en primer lugar, la retirada del marco de disposición para la circulación de las ideas políticas que el alfonsinismo había posibilitado, al menos como horizonte de discusión, y la instalación de una política fáctica desde el menemismo que dejó a los intelectuales sin campo de interpelación.

En segundo lugar, y consecuentemente, el retiro de los intelectuales a espacios institucionalizados y la pérdida del caudal crítico efectivo y no sólo retórico de sus intervenciones. La esfera pública de los noventa, profundamente reconfigurada, no alberga ya en su matriz los grandes debates en los que los intelectuales encuentran su contraparte para el ejercicio de la crítica política. El debilitamiento se da también en la dificultad de articularse con/en una izquierda política.

La identidad intelectual de lo que podría llamarse cada vez más débilmente la izquierda argentina reduce su área de intervención casi al perímetro de su propio campo, atenuando o despojándose de sus marcas identitarias tradicionales —el intelectual como portador de las grandes síntesis ideológico-políticas, como portavoz de un sentido de la historia—, así como de sus funciones clásicas —la resistencia, la oposición, la organicidad—. Sus discursos, por lo mismo, circulan en revistas de alta densidad teórica y argumentativa aunque de alcance cada vez más restringido. El largo adiós al intelectual moderno parece, en estos años, haber llegado finalmente a su cierre. No aparenta ser ésta una difícil constatación, de hecho forma parte de los mismos

juicios de la época; sin embargo, esa misma facilidad debiera advertirnos sobre un riesgo de interpretación: la eventual clausura de un universo identitario nunca se lleva a cabo de manera homogénea ni mucho menos armónica, y esa dificultad es la que pone en suspenso la radicalidad del juicio sobre la clausura.

He procurado buscar las marcas, los trazos de esa identidad en profunda mutación, en lo que he llamado las “narrativas políticas”, esto es, textos de diversa naturaleza (testimonios autobiográficos, memorias, entrevistas, debates, ensayos en primera persona, etc.), presentes tanto en las revistas culturales del período cuanto en los libros de entrevistas, encuestas y testimonios, en los que se “narrativiza” una visión en clave autobiográfica de la política y desde los que se construye, a la manera de un palimpsesto, una imagen de intelectual con notorias dificultades para su autodefinición. El discurso en primera persona, el registro memorialista, reconstructivo de una biografía intelectual, avanza sobre el argumentativo y el propositivo, característicos de los ochenta. Como si la relación entre intelectual y política sólo fuera posible ser narrada con mayor fluidez desde ese punto de enunciación: un *yo* que ya no puede ser un *nosotros*. Estas narrativas, estos relatos sobre la política y sobre el sujeto que piensa la política, devuelven una imagen de un espejo trizado de una identidad colectiva —aquél “nosotros” tan presente en el pasado— que descrea y se resiste a la vana restauración de sus partes.

De los ochenta a los noventa: democratización y modernización

Tal vez sea necesario, antes de abordar la cuestión planteada, dar algunas precisiones previas. A fines de la década del ochenta, la cultura intelectual argentina había pasado ya por lo que se conoce como el “período de la transición”. Extraída del campo político, esta denominación que definió las instancias del traspaso del gobierno de la dictadura al gobierno democrático a partir de 1983, también abarcó el período dentro del propio gobierno de Raúl Alfonsín, el llamado “proceso de democratización”. La contextura frágil de la nueva institucionalidad política hizo que hasta muy avanzada la década no se pensara en una democracia medianamente consolidada y que, en el campo cultural, a la par de la euforia por la democracia recuperada, se instalara casi excluyentemente la necesidad de debatir las relaciones entre cultura y política a partir de lo que se denominaba por entonces la “cuestión democrática”.

Como paso previo al cambio de fundamentos dentro de su sistema de valores en relación a la cultura, los intelectuales y escritores argentinos debieron debatir las transformaciones de su propia cultura política. Se trataba de una doble transición: en el momento de reestructuración crítica de sus identidades político-ideológicas muchos de estos intelectuales deben asimismo, y por lo mismo, pensar nuevos modos de pensar la relación cultura y política. El conductor de este debate en el campo cultural fue el núcleo de intelectuales de la revista *Punto de Vista* (1978-continúa), dirigida por Beatriz Sarlo y más extensivamente el Club de Cultura Socialista, creado en 1984 por la confluencia de este grupo con el conjunto de intelectuales que provenían del exilio, particularmente el mexicano. Un debate que abarcó, por una parte, una zona de intelectuales provenientes de la izquierda y del

peronismo que reformulan sus propias tradiciones ideológico-políticas y avanzan hacia la conformación de una zona de convergencia que tendrá su punto de articulación política en la conformación del Frente Grande en 1993 y su posterior fusión en la Alianza (1997). El grupo de *Punto de Vista* y la corriente del peronismo renovador que se nucleó en torno a Carlos “Chacho” Alvarez y la revista *Unidos* encuentran por esos años su punto de intersección.

Por otra parte, es detectable una zona de intelectuales de la izquierda y del peronismo que se mantienen dentro del horizonte de sus propias tradiciones ideológicas y, según el caso, deciden la afirmación o reformulación de ciertos aspectos cruciales de la definición de sus identidades políticas. Pero tanto en una como en otra actitud, dentro de esta segunda zona, se rechazan los términos paradigmáticos en los que pretende ser colocada la problemática en torno a la relación entre cultura y democracia. Se entiende: sin mediar una profunda reforma de tradiciones intelectuales, no es posible pensar a la democracia como un paradigma desde el cual reconstruir los núcleos duros tanto del marxismo como del peronismo. No obstante, ya sea como discurso especulativo, reflexivo e incluso propositivo, o como discurso reactivo y crítico, que pone a prueba hasta el límite las reales posibilidades de la democracia de constituir una “última instancia” de la reflexión intelectual en torno a la política, el conjunto de textos que produjo esta operación no tenía antecedentes en la historia intelectual argentina. Nunca, hasta el momento, la dominante discursiva en los debates intelectuales sobre la política había sido la democracia como horizonte de posibilidad de las prácticas políticas, sociales y culturales dentro de la izquierda y el peronismo. Definida por unos como resultado del desplazamiento del marxismo al posmarxismo o como el fin del dogmatismo populista, y por otros como el gesto de renunciamiento que evidencia la “despolitización del intelectual” y la “desintelectualización de la política”, la llamada “cuestión democrática” ocupó un lugar durante los ochenta que difícilmente pueda recuperar a posteriori, a la luz de la profunda crisis en la que decayó durante los años noventa.

Si se tiene en cuenta entonces la importancia fundamental que tuvo el discurso de los intelectuales en la configuración teórica de la problemática de la democratización en los ochenta, resulta necesario revisar las razones por las cuales, en la década siguiente, la relativa homogeneización de las posiciones en el campo en torno a la oposición al gobierno de Menem, así como los intentos de constitución de una constelación intelectual en torno de la coalición de centro-izquierda liderada por el Frente Grande, no trajo, sin embargo, como resultado una producción intelectual que, consolidada en torno a esos contenidos, pudiera enfrentar la aguda transformación que alejaba a la Argentina del horizonte pensado en la postransición democrática. Una transformación en las condiciones económicas (privatización y pseudo-modernización del Estado, instauración acelerada de las políticas neoliberales de mercado), condiciones sociales (clases medias empobrecidas, amplias capas de los sectores populares expulsadas del mundo del trabajo y asiladas en los extramuros de los sistemas productivos, educacionales y de salud), así como culturales (extinción de la industria editorial nacional y absorción dentro del mercado globalizado, privatización de la industria audiovisual y posterior conformación de los “multimedios”), que puso a los intelectuales de cara a un escenario no previsto en sus previas especulaciones.

En una década que se abre con la implosión de los regímenes socialistas y el avance irrefrenable del capitalismo globalizado y, a nivel nacional, con el colapso económico del primer gobierno postdictatorial y el adelantado traspaso del mando de Raúl Alfonsín a Carlos Menem, varios desafíos se le imponen a los intelectuales que generaron el pensamiento democrático de la década anterior. Según afirma Lechner, en el desajuste entre modernización y democracia, la política pierde el control sobre el proceso. Lechner lo explica en términos de un “retraso” de la política respecto de la aceleración de los cambios socioeconómicos. Más bien se trataría de un doble retraso: en la política y en los modos de pensar la política (12). Tal retraso produjo en la zona de especulación y crítica de la política —la zona intelectual propiamente dicha— un estado de perplejidad y

parálisis ante la tarea de generación de hipótesis políticas de recambio de aquellas pensadas para una democracia jaqueada por las amenazas de la transición. Perplejidad que se vio reforzada por la falta de interpelaciones desde el poder político, claramente más interesado en la modernización liberal que en la democratización.

Podría afirmarse que la modernización sin democratización desafió a las fuerzas del centro y de la izquierda democrática a imaginar un nuevo modelo cultural que fuera más allá de los términos en los que la había colocado exitosamente la “modernización conservadora” (Lechner). Al esfuerzo de la diferenciación —tanto del liberalismo conservador como de los populismos de diversa procedencia—, se le impone a estos intelectuales un imperativo de ideas que reemplacen el fracasado intento del “pacto democrático” a la española propuesto por el alfonsinismo a mediados de los ochenta y en el que mucho tuvieron que ver intelectuales que pasaron del paradigma marxista al socialdemócrata, como Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola, entre los principales. Pero luego de la “desilusión alfonsinista” el clima de “miseria de ideas” en torno al pensamiento político por parte de la cultura intelectual argentina verifica una alta dificultad para dar cuenta de algunas transformaciones fundamentales de la década, producidas fundamentalmente por la articulación —en condiciones de funcionalidad— de la política a los cambios estructurales derivados del capitalismo globalizado.

Transformaciones: sujetos, prácticas, espacio, tiempo

Una de esas transformaciones apunta a los sujetos de la acción política. La modernización de los noventa trae aparejado un proceso de diferenciación social de las grandes masas homogéneas hasta hace pocos años reunidas en entidades identitarias colectivas fuertes, como los grandes partidos políticos. El sujeto de la teoría política, el sujeto de la teoría democrática, lo que se llama pueblo, se fragmenta en múltiples grupos sociales con sus modos de representación dispuestos a participar, no siempre muy de acuerdo con las reglas de juego, en una escena política sobrepoblada. La multiplicación conlleva, empero, el debilitamiento, no sólo de su poder de representación sino también de los grandes instancias de representación (los partidos, los movimientos) en torno a los que se aglutina el consenso político de una sociedad democrática (Lechner 13).

La redistribución de las identidades políticas en los primeros años de la década podría ejemplificarse con la adhesión de la derecha liberal, histórica enemiga del Peronismo, al gobierno de Menem, así como con el desplazamiento de los sectores peronistas y radicales hacia el Frente Grande. Al promediar los noventa, las identidades políticas mayoritarias están en franco proceso de erosión y la percepción social de una pertenencia a ellas declina al mismo tiempo que se expande la crisis de representación política de la ciudadanía. La fragmentación avanza a tal punto que se debilita la idea de orden social, de representación colectiva. La instancia representacional de la política deja de concebirse como el núcleo central a partir del cual funciona un orden social. En el marco de esta crisis de las identidades políticas tradicionales hay que ubicar la crisis y fragmentación de las identidades tanto de las izquierdas como del nacionalismo popular. A las primeras hay que

insertarlas, además, dentro de su propia crisis, ocasionada por el colapso de los socialismos reales a fines de los ochenta y, antes, por la aguda crisis del marxismo como paradigma teórico del socialismo. Recordemos que uno de sus aspectos más cuestionados fue, precisamente, la noción del sujeto histórico identificado con el proletariado como el protagonista del cambio social. Este sujeto único y predeterminado es reemplazado en los análisis posmarxistas por una diseminación de “múltiples y nuevos actores” que, a su vez, multiplican sus instancias de conflicto.

¿Cómo se piensa la función intelectual ante el fin de las representaciones colectivas de la sociedad? La pérdida de la representatividad del intelectual es el correlato de este escenario (Montaldo) que lo lleva, mayoritariamente, a retrotraerse más aún a su campo específico. Es parte del discurso de la época constatar un proceso de “institucionalización del intelectual”. Pero, paradójicamente, este abroquelamiento dentro del perímetro de las especificidades, no detiene una notoria pérdida del sentido representacional dentro de su propio campo. No hay tal cosa como un “nosotros” tampoco dentro del campo intelectual. Se torna cada vez más dificultoso encontrar discursos emitidos desde un horizonte de ideas colectivo, de allí la inflexión autobiográfica. La instancia de configuración de una nueva identidad, aún para la izquierda intelectual marxista, no se hace a instancias de representación de los grandes sujetos sociales que solía invocar: “No creemos representar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, sujetos transformables”, sostiene el Editorial del N° 1 de *El Rodaballo*. Esa definición proviene de una revista que, como veremos, cuenta entre sus principales cometidos repensar el socialismo como un proceso permanente de creación de nuevas subjetividades individuales y colectivas, como un universo cultural en perpetua expansión. Es esa identidad inestable y abstraída de todo sentido de representatividad la que debe llevar a cabo la reconfiguración en términos diferenciales de lo que fue décadas atrás un conglomerado ideológico fuerte, aunque no exento de innumeras vertientes. Tal operación no se presenta como una acción unidireccional sino que, por el contrario, debe, como

sostiene el mismo Editorial, “sortear el tránsito de la reflexión crítica, (...) que no está a salvo de ciertas seducciones, como el refugio en la nostalgia absolutoria o el descanso en la resignación posibilista” (3). El problema del sujeto, de la identidad intelectual y de sus funciones, será un tema recurrente en las narrativas políticas, tal como lo veremos más adelante.

Otra dimensión de las transformaciones apunta a las prácticas. El cambio de la racionalidad específica de los distintos actores sociales produce el descentramiento de una lógica única de las acciones sociales. Los diversos campos de la sociedad, inmersos en la disgregación modernizadora van desarrollando lógicas específicas acordes a sus funciones. No por azar, la política, la economía, la justicia, actúan como campos autorreferidos acordes a sus lógicas de funcionamiento. “(El) desarrollo social ya no se rige por una racionalidad única sino por una constelación de lógicas funcionales. La diferenciación avanza a un punto tal que la sociedad pierde la noción de sí misma en tanto sociedad” (Lechner 14). La franca retracción de los intelectuales dentro de las instituciones de su campo específico y la progresiva adecuación dentro de su lógica de funcionamiento (la académica, principalmente), es directamente vinculable a este proceso. La virulencia con que este desplazamiento fue criticado encuentra gran parte de su explicación en la atipicidad del mismo, teniendo en cuenta el modo en el que los intelectuales argentinos se relacionaron con el Estado y sus instituciones durante la mayor parte del siglo XX. En otras palabras: la institucionalización de los intelectuales no es un dato natural de la historia cultural argentina, como sí lo puede ser de la mexicana o la brasileña, por ejemplo. La naturaleza expulsiva del Estado, por un lado, y la consecuente vinculación de los intelectuales a espacios de intervención no formalizados, ligados a las zonas de mayor dinamismo social, consolidó la formación de intelectuales críticos de cariz antiinstitucional y dio lugar a una historia de malas relaciones que precariamente comenzó a suturarse durante la transición, cuando muchos de ellos se reinsertan —o llegan por primera vez— a la universidad democrática o a las instituciones del Estado.² Pero en

los ochenta este vínculo con la institucionalidad se produce en un marco de intervención (la redemocratización) que si bien otorgaba un valor político a sus prácticas, ciertamente se diferenciaba del que caracterizó sus prácticas de militancia durante las décadas anteriores. Los debates en torno a la “cuestión democrática” tenían como supuesto una práctica de inserción en la trama de esa institucionalidad recuperada. Por el contrario, en los noventa se asiste a una permanencia dentro de esos marcos institucionales pero sin expresos o notorios movimientos de intervención política.

Algunos factores contribuyen a esto: las instituciones universitarias y de investigación —el espacio de mayor concentración de los intelectuales— ya han llevado a cabo el proceso de recambio (más o menos exitoso según el caso) del período de la dictadura, y avanzan hacia un grado de profesionalización y estratificación cuyas implicaciones fueron percibidas en su mayoría sólo como instancias académicas, despojadas de su componente político. En segundo lugar, la escena política instaurada por el menemismo clausuró un espacio de interpelación e intervenciones que se había abierto en el período de la presidencia de Alfonsín desde la órbita del poder político. La crítica política, por tanto, se repliega al gabinete de investigación o al debate entre pares. En tercer lugar, otro espacio de circulación de las prácticas intelectuales fue decisivamente afectado: los medios de comunicación asisten por esos años a una hiperconcentración en multimedios cuya propiedad pasa de la esfera estatal a manos privadas nacionales y de ellas a los fondos de inversión y empresas multinacionales.³ Las intervenciones intelectuales dentro de este espacio así redefinido son desplazadas a micro-circuitos de muy escasa vinculación con espacios sociales que habían sido abarcados durante el florecimiento y diversificación del periodismo cultural de los ochenta.

Una tercera zona de transformaciones tiene que ver con los espacios de la práctica política. En los noventa se produce un profundo cambio de la dimensión espacial de la política, una de cuyas aristas más significativas es la redefinición de la relación nacional/transnacional, esto es, un achicamiento de la distancia

transnacional simultánea al borramiento de las configuraciones nacionales. La globalización pone en entredicho el espacio habitual de la política: el marco nacional. La política ya no opera a escala nacional, cada vez cobra mayor nitidez la incidencia de la escala regional y global. Hay una clara redefinición de los límites: los vínculos por sobre las fronteras se hacen más fuertes al tiempo que la separación entre grupos sociales al interior de la nación se hace más rígida. En la dimensión cultural, el correlato más claro es la figura del intelectual desnacionalizado/transnacionalizado. Paradójicamente, en momentos en que parecieran desautorizarse las preocupaciones universales que la razón moderna le otorgó como tarea a los intelectuales, los efectos de la globalización hace que éstos vuelvan a percibir problemas que exceden la nación, e inclusive desborden las fronteras de la región, y perciban que hay un todo afectado que otorgaría la legitimidad de una renovada reflexión en términos universales.

Al redimensionamiento del espacio le corresponde un redimensionamiento de la temporalidad política, cuarta zona de transformaciones. Una curva significativa se produce desde el futuro progresivo y el horizonte posible de la democratización de los ochenta hasta la incapacidad de la política de reconstruir horizontes de futuro en los noventa. Se asiste, desde los primeros años de la década, a una aceleración, simultaneidad y versatilidad de los diversos escenarios políticos que favorecen la obsolescencia inmediata de las hipótesis sobre el presente y el futuro. Como afirma Lechner:

En épocas anteriores la aceleración del tiempo era domesticada por una noción de futuro progresivo. Las ideas de progreso técnico o de emancipación humana representaban un horizonte que acotaba el devenir; un horizonte de futuro que representaba simultáneamente un horizonte de sentido en nombre del cual se interpretaba y justificaba el presente. En cambio, hoy en día, la noción misma de futuro se diluye. Existen proyecciones del presente (...) pero no una imagen del futuro. Ello toca

directamente a la concepción moderna de la política, entendida como construcción deliberada del futuro. Actualmente, la política ya no remite a un horizonte de futuro que pueda poner al presente en perspectiva. Con la pérdida de perspectiva el presente se hace omnipresente. Este presente omnipresente trastoca la dimensión temporal de la política. (15)

Suspendida en el presente, incapacitada para recurrir al trasfondo histórico de la experiencia, la política así percibida ve debilitada su potencialidad de proyección y sólo existe, múltiple, en el instante (la política CNN). La gobernabilidad democrática se ve fuertemente afectada por la dificultad de la política de reconstruir horizontes de futuro en los que un orden social pueda inscribirse. Diluído el horizonte de los futuros utópicos de los setenta, así como los módicos horizontes “posibles” del pacto democrático de los ochenta, los intelectuales se encuentran sin claves para generar una hipótesis o perspectiva sobre el futuro. ¿Cómo redefinir estos “códigos interpretativos”, estos “mapas cognitivos” en una sociedad que se siente huérfana de claves de interpretación? En una sociedad de identidades colectivas fragmentadas, de prácticas autorreferidas, de múltiples espacios y de diversas velocidades, la política ya no marca el ritmo para todos.

Zonas intelectuales

Valga la sumaria descripción de algunas de las transformaciones que los intelectuales debieron procesar, para advertir las dimensiones de reformulación de su pensamiento que ésto implicaba. Mi interés se dirige, entonces, a detectar y analizar los modos de reconfiguración de ese pensamiento sobre la política, producido por un conjunto heterogéneo de intelectuales pertenecientes a diferentes zonas del campo y que a lo largo de las décadas anteriores fijaron su práctica específica en estricta relación con la política. Algunas de estas posiciones continúan de diverso modo las tensiones generadas durante los ochenta, aunque con un voltaje decididamente menor. Se trata de espacios que, claramente, nuclean a los intelectuales de la izquierda y de ciertos sectores del peronismo. En el laxo escenario que va de la izquierda al centro del espectro del pensamiento intelectual argentino de los ochenta, se han clausurado y re-diseñado identidades, se han desplazado funciones, fijado diversas posiciones y trazado proyectos que se confrontan en estas "narrativas políticas". Estas formaciones, continuando una modalidad característica de la tradición intelectual argentina, se nuclean generalmente en torno a revistas y, en algunos casos, cierto tipo de institucionalidad, que ponen en la escena el recorrido de estas transformaciones. En un esquema previsiblemente amplio e incompleto podrían diferenciarse las siguientes formaciones intelectuales y sus respectivas publicaciones periódicas:

1. Una izquierda postmarxista, reformista, identificada con las revistas *Punto de Vista* (1978-continúa), y *La Ciudad Futura* (1986-continúa). Esta línea emergente a principios de los ochenta se consolidó a mediados de la década, centralidad que mantuvo

hasta la mitad de los noventa. Es una línea inscripta en el proyecto de una centro-izquierda argentina que, luego del fracaso del alfonsinismo, apoya a fines de los ochenta al Frente Grande, luego Frepaso, liderado por Chacho Alvarez para distanciarse críticamente cuando el Frepaso se une al radicalismo para conformar la Alianza que enfrentará al peronismo en las elecciones de 1999. Los principales nombres de esta formación de intelectuales son Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Hugo Vezzetti, Hilda Sabato, Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ipola, Oscar Terán, y lo que constituye el conjunto de intelectuales del llamado "Club de Cultura Socialista", creado en 1986.

2. Una izquierda marxista que se mantiene dentro de los lineamientos de un marxismo crítico, generacionalmente más joven que el anterior, representada por las revistas *El Cielo por Asalto* (1990-1994), y *El Rodaballo* (1994-continúa). Se trata de dos revistas pero de un mismo proyecto intelectual: repensar las tradiciones y la política de izquierda ante los desafíos de una sociedad transformada y un nuevo horizonte cultural. El alma mater de ambas revistas es Horacio Tarcus que, en la primera, comparte el Comité Editor junto a Eduardo Gruner, Atilio Borón, Blas de Santos, Marta Rosemberg con un Comité Asesor sorprendente: Perry Anderson, Agustín Cueva, Adolfo Gilly, Michael Lowy, Ernest Mandel, José Sazbón, Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros. La articulación fuerte con el marxismo inglés no opaca las vinculaciones con el francés y el italiano. *El Rodaballo*, su continuación, subtitulada "Revista de política y cultura", mantiene la mayoría de este elenco de colaboradores. Su público lector se ubica en una franja de estudiantes, docentes e investigadores universitarios más politizados y los militantes de las izquierdas más intelectualizados. Atraviesa distintas perspectivas y disciplinas: la teoría política y social, la filosofía política, la historia, la teoría y el ensayismo literarios, el psicoanálisis, el feminismo. Su principal referente es la *New Left Review*, de donde extraen numerosos artículos, así como otras revistas de la izquierda y del feminismo europeo y norteamericano. *El Rodaballo*

es parte de un conjunto de intervenciones, tales como foros de discusión, proyectos editoriales (*El cielo por asalto*), bibliotecas y centros de estudios independientes como el CeDinCi (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas) creado en 1996, todos tendientes a expandir una zona de proyectos colectivos independiente tanto de la izquierda partidaria cuanto de la institucionalidad estatal o académica.

3. Una línea no marxista pero en permanente diálogo con la anterior, con matriz intelectual dentro del peronismo de izquierda representada principalmente por la revista *El Ojo Mocho* (1992-continúa). En torno a la figura central de Horacio González, se nuclea Eduardo Rinesi, Christian Ferrer y Esteban Vernik, entre otros intelectuales jóvenes. Se trata de una revista surgida en el seno de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, cruzada por sus debates más inmediatos (el sociólogo como profesional o como intelectual, por ejemplo). La revista trata de responder al interrogante que da origen a todo pensamiento crítico sobre lo social: “¿pueden las ciencias sociales seguir siendo un síntoma de lo moderno y no perder al mismo tiempo su rebeldía intelectual?”, se pregunta el editorial del N° 1. La metáfora visual adelanta desde el nombre de la revista una confrontación con *Punto de Vista* —metáfora que tiene el antecedente en la revista *La Bizca* de la década anterior. Una confrontación que puede personificarse en las figuras de Beatriz Sarlo y Horacio González (Podlubne).

4. Una formación que mantiene casi sin variantes el discurso marxista-leninista de las décadas pasadas, que tuvo posiciones de voltaje polémico durante los ochenta a través de diversas revistas (*La Bizca*, *Fin de Siglo*, *Utopías del Sur*) y que se continúa en los noventa con *Causas y Azares* (1994-1998), *Dialektica*, *Sociedad y Utopía*.

5. En una zona más alejada de lo estrictamente político pero con intervenciones que tienen puntos de intersección con esta

problemática, se encuentra un conjunto de intelectuales de formación predominantemente filosófica vinculados a la crítica cultural. Su producción colectiva se concentra alrededor de la revista *Confines* (cuatro números entre 1995 y 1997) y su continuación, *Pensamiento de los Confines* (1998-continúa). La revista prioriza la escritura ensayística en torno a temas vinculados a la filosofía, la estética y la literatura, y el debate modernidad/posmodernidad. El pensamiento político y la reflexión sobre los intelectuales está imbricado en gran parte de sus ensayos. Su director es Nicolás Casullo —un intelectual que nadie podría pensar alejado de la relación intelectuales/política—, acompañado por Ricardo Forster, Héctor Schmucler, Oscar del Barco, Matías Bruera, Alejandro Kaufman, Gregorio Kaminsky, Eduardo Gruner y Damián Tabarovsky —algunos otros miembros cambian de número en número— en su Consejo de Dirección. Con el correr de los números y con el cambio de una serie a la otra, la constitución del grupo ha ido por un lado ampliándose y por otro adquiriendo un perfil vinculado claramente a la institucionalidad académica. La revista ahora será editada por el Centro de Estudios de Profesores Universitarios (CEPU) y forma parte de las actividades del Programa de Estudios de Cultura y Pensamiento Contemporáneo con sede en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Estos grupos de intelectuales, como se puede comprobar, además de sus producciones personales, poseen una trayectoria conjunta que ha generado las condiciones que permitirían realizar sobre ellos un análisis formacional, en el cual se estudie la articulación expresa entre *proyecto intelectual* y *formación*, tal como Raymond Williams la piensa. La mayoría se nuclea, como se ha descrito, en torno a una revista o una sucesión de ellas que han albergado el desarrollo de su pensamiento durante las dos últimas décadas. Estos conjuntos discursivos son la fuente para estudiar en ellos las “comunidades de pensamiento” relativamente homogéneas que se generaron en los noventa. Tanto en las revistas reseñadas como en compilaciones de entrevistas en libros, artículos y ensayos de autobiografía intelectual aparecidos en

publicaciones de la época, se encuentran los textos que constituyen el corpus de esta investigación.

Montaldo procura un búsqueda semejante pero a través de otros textos, en los que también busca cierta inflexión biográfica o autobiográfica; a su hipótesis general de que “con la generación de los 60 se clausura la figura del intelectual moderno, del ‘clerk’ tradicional” y que en la últimas décadas “esa identidad se fragmenta y pluraliza” (7), cabría hacerle algunos señalamientos más allá de los que acertadamente ella puntualiza. La clausura de esa identidad, como veremos, no se opera del mismo modo en todas las formaciones intelectuales, ni siquiera es homogénea en el interior de cada una de ellas, y en esa diferencia reside gran parte de la riqueza y la complejidad de esta transformación. Una identidad que, por otra parte, nunca fue estable ni inmune a las crisis. Porque si en los años sesenta y setenta el antiintelectualismo la había llevado a desequilibrar la balanza hacia la política, por fuera de los discursos y las prácticas intelectuales, en los años ochenta una evidente retracción la lleva a ubicarse en un estado de tensión equidistante que le permite elaborar un discurso sobre la política dentro de los límites del campo intelectual, no fuera de ellos. “Independencia pero no indiferencia”, afirma Norberto Bobbio —uno de los autores más seguidos por lo teóricos de la democracia en Argentina— y agrega que el intelectual retiene para sí el papel del crítico, lo que le da —o debería darle— una autonomía relativa respecto del orden político.

Esta ecuación, sin embargo, es variable en la configuración de las identidades de los ochenta y tiene que ver, principalmente, con la forma en que cada formación intelectual ajustó sus cuentas con la derrota que significó la dictadura militar (1976-1983), definió su posición frente al marxismo, y avanzó hacia la construcción de un nuevo horizonte de sus prácticas en relación a la política. Este proceso tiene su inicio a fines de los setenta, su pico de mayor tensión durante los años de la transición (1983-1987) y su definición dentro de identidades relativamente estabilizadas a partir de los primeros años de los noventa.

Me interesa en este trabajo concentrarme en el último

momento de este itinerario, pero con la convicción de que, sin embargo, no puede explicarse sino en el horizonte de ese proceso mayor. La idea de que en los noventa se clausura abruptamente la identidad del intelectual de izquierda tal como se la reconoció en las últimas cuatro décadas puede haber sido abonada por la caída de los regímenes socialistas, la crisis del marxismo, el avance del pensamiento posmoderno y el debilitamiento de las relaciones entre intelectuales y política de los años menemistas; pero todos estos factores —si bien contribuyeron al estado de perplejidad y desajuste de los intelectuales— no pueden pensarse sino como la última (?) estación de una larga y accidentada travesía.

Autobiografías intelectuales

Si las revistas culturales de la época permiten todavía una lectura colectiva, abarcadoras de ciertas “comunidades de pensamiento”, los libros de entrevistas, testimonios y encuestas a intelectuales ofrecen un registro discursivo más cercano al autobiográfico, lo que permite obtener una suerte de corte más afinado sobre las posiciones personales respecto de temas específicos, que en varios casos difieren dentro de la misma formación, al mismo tiempo que posibilita delinear los modos en que una identidad intelectual personal se ha reconfigurado. Para ajustar más aún la perspectiva, en este trabajo me concentraré en el segundo de los corpus mencionados: los testimonios dados por intelectuales pertenecientes a las diferentes formaciones ya descriptas.

Varios libros de entrevistas de los noventa concentran estos testimonios: Raquel Angel, *Rebeldes y domesticados* (1992), Roy Hora y Javier Trímboli, *Pensar la Argentina* (1994), Alejandro Herrero y Fabián Herrero, *Las ideas y sus historiadores* (1996), Javier Trímboli, *La izquierda en la Argentina* (1998),⁴ tienen la virtud de colocar en una zona de cruce discursivo intervenciones que en el vacío de debate de los noventa era casi imposible de encontrar. El primero de ellos, *Rebeldes y domesticados. Los intelectuales frente al poder*, recoge entrevistas y testimonios, tanto hechos para el libro como publicados en versiones reducidas en diarios y revistas entre 1987 y 1992. Su subtítulo, “Los intelectuales frente al poder”, marca una intencionalidad manifiesta luego en la “Advertencia” que abre el libro: “(dar cuenta) de la crisis en que se debate el campo cultural, de las fisuras y transiciones que se han operado en la franja intelectual progresista durante los años ’80 y ’90 y del reacomodamiento de muchos antiguos inconformes al orden establecido” (7). A

diferencia de los otros, este libro tiene una “Introducción” que fija la posición de su autora y reponsable de las entrevistas, Raquel Angel. “De Prometeo a Narciso”, tal su título, es un texto combativo que ataca frontalmente dos sectores: el de los intelectuales posmarxistas (particularmente el grupo de *Punto de Vista*, *La Ciudad Futura* y del *Club de Cultura Socialista*), y el de un conjunto más heterogéneo que comienza a apoyar desde la gestión y el asesoramiento cultural al gobierno de Menem. Dos puntas de la institucionalización, la académica y la estatal, son impugnadas como los lugares malditos que clausuran, o al menos esclerosan, la relación entre intelectuales y esfera pública, y que afecta medularmente la identidad del intelectual crítico desplazándola hacia la del experto. Las entrevistas y sus preguntas específicas estarán marcadas, por tanto, por esta posición y las respuestas no diferirán demasiado de este registro. El libro, en ese sentido, mantiene un tono crítico monocorde —de Ricardo Piglia a David Viñas, de León Rozitchner a Tomás Abraham— en el que es posible identificar posiciones muy similares y, en general, sin modificaciones respecto a sus posiciones de la década anterior.

El segundo libro, *Pensar la Argentina*, subtítulo *Los historiadores hablan de historia y política*, está concebido desde la perspectiva del campo historiográfico, entendido como una zona de fuerte apelación a la política. De allí que sus autores destaquen entre los núcleos centrales que recorren todas estas entrevistas realizadas entre 1992 y 1994 uno prioritario: el de la biografía intelectual y política. No resulta tampoco ajeno a esta elección, el hecho de que sus autores —jóvenes historiadores protagonistas de la universidad de la transición democrática— reconozcan en la desilusión que siguió a la euforia de este período “la principal responsable de esa transformación en el modo, ahora desencantado, de concebir la historia” (12). Las entrevistas son, en ese sentido, una apelación, una búsqueda de respuestas, frente a lo que se entiende como la claudicación del sentido crítico del historiador (entendido como un intelectual que piensa la historia) y la colocación dentro de las barreras de la especialización académica. Si las ideas principales coinciden en términos

generales con *Rebeldes y domesticados*, la diferencia se establece en la selección de los entrevistados. Estos pertenecen a posiciones que en varios casos están en tensión con las ideas editorializadas en la "Introducción": "Desde perspectivas muy distintas, quienes aquí dicen su palabra experimentan o han experimentado otros sentidos que los que se hallan en boga, más allá de que, con más o menos matices, hoy también se reconozcan en éstos" (13). Hay, como se ve, un reconocimiento a la "trayectoria", aún cuando la presente estación de la misma no se oriente en la misma dirección. De allí la necesidad de comenzar las entrevistas con una biografía intelectual que dé cuenta de los orígenes y el pasado de esa trayectoria, ya que es ella donde los autores del libro encontrarán en la mayoría de los casos las huellas de ese intelectual que buscan vanamente en el presente.

También desde la perspectiva de la historia se enfoca *Las ideas y los historiadores*, subtítulo significativamente: *Un fragmento del campo intelectual en los años 90*. Se trata de una encuesta a un conjunto muy numeroso de intelectuales de distintas disciplinas de origen que convergen en una zona complejamente definida como "historia de las ideas", y que abarca —a diferencia de los otros libros— dos franjas generacionales representadas equitativamente. La encuesta comienza con una pregunta sobre la biografía intelectual de los participantes.

En este trabajo tomaré como punto de referencia el último libro por ser el que más se ajusta a las cuestiones ya esbozadas, estableciendo relaciones con los anteriores. En *La izquierda en Argentina*, Javier Trímboli parte de la coyuntura política de 1997-1998 que se revela supuestamente favorable para la evolución de una fuerza de centro-izquierda, a partir de la consolidación del Frepaso y su posterior fusión en la Alianza, para repensar tanto las trayectorias políticas cuanto las tradiciones teóricas de la izquierda intelectual en Argentina, y verificar sus transformaciones fundamentales. El libro reclama de sus entrevistados un estado presente de la izquierda y una prospectiva sobre su futuro posible en el marco del ascenso de la centro-izquierda.⁵ Con un criterio contrapuesto a los libros anteriores, *La izquierda en Argentina*

rehúye la concentración en una disciplina y la opción por un sector ideológicamente homogéneo. Para reflexionar sobre las diversas modalidades de la izquierda, opta por incluir una muestra de intelectuales pertenecientes a diversos y a veces opuestos sectores del campo que delineamos sumariamente más arriba, pertenecientes a un arco ideológico amplio y a diferentes generaciones, así como a campos disciplinarios diversos: filosofía, historia, ciencias políticas, ciencias sociales, literatura, entre los principales. Tal variedad le otorga al libro un tono de polémica involuntaria —los testimonios no están destinados expresamente a polemizar, pero puestos en relación el debate implícito es inevitable—, al tiempo que se difumina la figura del autor/entrevistador: su voz es reemplazada por la de un presentador que no editorializa y se limita a una presentación de criterios y objetivos del libro.

Las entrevistas a Carlos Altamirano, Martín Caparrós, Horacio González, Eduardo Gruner, Emilio de Ipola, León Rozitchner, Beatriz Sarlo y Horacio Tarcus, son discursos de “cuerpo presente” —como señala Guillermo Saavedra en la “Nota Preliminar”—, mantienen el formato del relato oral y el diálogo, conjugado con un ajuste discursivo propio de un texto revisado. A medio camino entre el rigor de la escritura y la espontaneidad de la conversación, estos testimonios construyen en el presente de la enunciación una historia personal de la identidad intelectual. El recorrido por posiciones divergentes respecto de las mismas cuestiones al tiempo que define identidades diferenciadas informa sobre los horizontes móviles tanto de las teorías como de las prácticas de la izquierda intelectual argentina de esos años. Considerados como narrativas, rastrearé en ellos y estudiaré comparativamente algunos aspectos del cambio en el pensamiento político y la forma en que este cambio es narrado.

El relato sobre el origen

Todos los textos se abren con un relato en primera persona sobre una pregunta tácita: ¿cuáles fueron sus orígenes? Lo que puede advertirse a primera vista es que, en todos los casos, existe una voluntad de dejar manifiesto el origen fuertemente político de la conformación de la identidad intelectual. Sin importar los espacios de su configuración (la universidad, los sindicatos, los partidos políticos, etc.), hay una fusión con la política que está en la propia instancia de constitución de estos intelectuales. Algunos de ellos remontan esta relación hasta la infancia (Caparrós, Gruner) y aún a los antepasados (Rozitchner); otros, los más, la fijan en los años de formación intelectual y militancia política dentro de los movimientos estudiantiles universitarios (Altamirano, González, de Ipola), o de los partidos políticos (Sarlo, Tarcus). Un hecho llama la atención: la pregunta por los orígenes no remite a la genealogía. Una identidad se construye, como la tradición, a partir de una selección de aquellas porciones del pasado que son significativas para la formación presente de esa identidad. La mayoría de estos relatos hacen nacer esas identidades de la praxis misma de las primeras militancias. Allí, el relato autobiográfico se corta como si no hubiera un horizonte pasado personal o familiar y cultural vinculable con esa identidad que, así presentada, parece una suerte de *ready made* ideológico-político. El único relato que permite esa genealogía es el de Caparrós:

Si de alguna gente se puede decir que tiene una cultura de izquierda, creo que de mí habría que decirlo; supongo que empecé a tenerla antes de saber qué era la izquierda. Para mí todo lo que era cultura era de izquierda: libros, discos, poemas, películas, y también mi padre cantando las

canciones de la guerra civil española frente al espejo, mientras se afeitaba; mi abuelo, exiliado republicano, y sus historias; las explicaciones de mi madre. En esa época, muchas veces me pregunté por qué la derecha no producía músicos, escritores, intelectuales. Los tenía, por supuesto, pero yo ni me enteraba. Y, de todas formas, había un sector importante de la cultura hegemonizado por la izquierda. (44)

El horizonte descripto por Caparrós admite la explicación generacional: nacido en 1957, año en la que la generación anterior está haciendo sus primeras prácticas de formación intelectual y política, Caparrós puede exhibir un linaje de “padres”, y aún de abuelos, aunque éstos provengan de la experiencia europea de la izquierda. El resto de los intelectuales opta por anular el relato de esta genealogía. Provenientes en la mayoría de los casos de las capas medias urbanas o provincianas (Altamirano, Terán), muchos de ellos eran el primer eslabón en una tradición en la que no había una genealogía de izquierda que mostrar. Horacio Tarcus, que comparte la franja generacional con Caparrós, exhibe también su genealogía, aunque no es estrictamente coincidente:

La biblioteca de mi viejo estaba poblada de libros de izquierda: varios de Marx, infaltables los de José Ingenieros y Aníbal Ponce, algunos clásicos del pensamiento socialista. Un poco a través de la influencia familiar y empujado sin dudas por los vientos de la época, fue el primer encuentro con Marx. Quizás ésta no fue la forma típica de llegar al marxismo, ya que por lo general se suele llegar a través de la política, y por la mediación de autores como Lenin, Trotsky, Mao o Guevara. Yo entro a la izquierda a través del propio Marx y, en especial, por sus textos juveniles; llevo conmigo además los textos de Ponce e Ingenieros, esa impronta fuerte de la cultura de izquierda argentina. Si bien a los diecinueve años yo era un militante trotskista característico, por otro lado tenía

esos rasgos atípicos: el interés por la formación teórica y el esfuerzo por entender qué pasaba en las distintas vertientes de la izquierda. (252)

Hay, como puede verse, una “biblioteca familiar”, que permite un acceso a la cultura de izquierda que viene “con la leche temprana” y que constituye el horizonte de experiencias vitales en los que la identidad intelectual comienza a configurarse. Nótese, asimismo, que existe una entrada por la teoría y la cultura, anterior a la práctica concreta de la militancia y que, inclusive, marca las formas —más reflexivas— de esa militancia. Este dato no es menor y, como veremos, generará actitudes divergentes respecto de la generación anterior.

En el relato de los orígenes, los intelectuales dejan la marca del **momento de la revelación**, esto es, un descubrimiento que súbitamente los separa del mundo de las experiencias pasadas y los coloca en un universo nuevo con sujetos y acontecimientos sociales que resultarán determinantes para su itinerario futuro. Oscar Terán narra su primer contacto con el Peronismo en 1956:

De manera que el arribo a la capital coincide con dos grandes impactos: el de la vida urbana para alguien que viene de una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires, y el descubrimiento del peronismo que se da por razones un tanto fortuitas. Voy a vivir a una pensión en Caballito, cercana al Parque Chacabuco, y por ende a la fábrica Volcán, y me encuentro con que la mayoría de la gente allí era implacablemente peronista. Era la primera vez que convivía realmente con peronistas, y digo convivir naturalmente no en un sentido espacial, sino en uno más profundo, cultural si se quiere o, si se entiende bien, antropológico. Quiero decir que en aquel pueblo bonaerense, agrario, comercial y burocrático, el peronismo era una cuestión de “los otros”, de un exterior siempre amenazante y al mismo tiempo ajeno para una familia de tradición socialista y radical. (*Pensar la Argentina*, 55)

Terán insiste en anclar su posterior y definitiva inserción en el movimiento de relectura del peronismo, por parte de la nueva izquierda, en ese dato experiencial.

El conjunto de intelectuales que se conforma dentro del período 1955-1966, posee características de iniciación semejantes: la mayoría de ellos narra una suerte de “baustismo de fuego” o “rito de iniciación” ya sea en algún tipo de lucha estudiantil (la de la educación libre o laica, por ejemplo, en 1958, como el caso de Altamirano, de Ipola y Gruner) o en el sindicalismo peronista (Sarlo); todos mantienen la convicción de que tales experiencias le permitían romper con el mundo restringido de las capas medias de las que prevenían —que no agrega datos significativos a su biografía intelectual— y avanzar hacia una ampliación de un imaginario e inserción en un entramado político-social del que abreviarían la mayor cantidad de sus contenidos identitarios y sus fundamentos de valor. Como afirma Sarlo, durante esos años:

(...) es posible que un pequeñoburgués haga un proceso de traducción de experiencias que no le pertenecen, sin perder nada de las ideas que le han permitido hacer ese proceso de traducción. Es el momento de construcción de un imaginario dentro del cual diferentes sectores de la sociedad podían comunicarse y, además, debían comunicarse. Los valores que ese imaginario promovía se fundaban en el deber de reparación histórica del error cometido por la generación anterior: había que volver a leer y escribir de nuevo el texto que la generación anterior no había sabido leer ni escribir, que era el texto del peronismo. (*Pensar la Argentina*, 165)

Este imaginario está construido y consolidado en los setenta. No es un horizonte que se perciba como “posible” sino un núcleo magnético del que difícilmente alguien con pretensiones intelectuales pudiera abstraerse. Como confirma Caparrós, una generación después, “la cultura de izquierda era lo suficientemente

fuerte como para que uno quisiera estar integrada a ella” (*La izquierda*, 49).

La novela de aprendizaje

Podría decirse que son los años de las primeras militancias las que marcan inicialmente la identidad de estos intelectuales; son esas primeras experiencias las que permiten construir el relato a la manera de una *novela de aprendizaje*. Como se sabe, en ella el protagonista realiza una inmersión dentro de un mundo de experiencias del que sale positivamente transformado. Ese conjunto de secuencias en las que la experiencia de protagonista es narrada a la manera de un aprendizaje —generalmente facilitado a través de una figura tutelar— culmina con la consolidación de una identidad. La distancia histórica respecto de los años de la militancia, el hecho de que la misma esté vinculada a las prácticas juveniles tan proclives a la idealización, el registro épico en el que el discurso de la izquierda tradicionalmente narró estas experiencias, permite pensar el relato de las primeras militancias por parte de estos intelectuales a la manera de una novela de aprendizaje. Es en esa *praxis* de la militancia en la que la mayoría de estos jóvenes constituye su relación con la política al punto en que en algunos casos ese espacio inicial demarca un escenario permanente, como el espacio de los movimientos universitarios. Horacio González comienza su testimonio precisamente con esta afirmación:

Solo en la Universidad comencé a percibir la política como un tema de militancia, asociada incluso a esa palabra que había permanecido desconocida para mí mientras fui un estudiante secundario. Por lo tanto en mi caso la política fue, en primer lugar, mi ingreso a la Universidad. Hoy, me pregunto hasta qué punto esto no siguió siendo

así, en tanto que siempre he visto la política a través de una especie de bastidor universitario. (77)

En otros casos (Altamirano, Gruner) la militancia tiene como punto de partida la Universidad sólo para dar paso a un período más prolongado de militancia en diferentes partidos políticos de la izquierda; en otros, aunque también universitarios, los movimientos estudiantiles no constituyen en absoluto una plataforma de despegue. Al respecto, dice Sarlo:

A diferencia de la gente que entró en la política por la izquierda comunista o socialista, que luego se convirtió en la nueva izquierda —gente que por lo general tuvo una relación articulada y rica con la política universitaria—, yo carezco de toda experiencia en ese espacio. Mi primera inclusión en el peronismo es dependiente de un dirigente sindical de segunda línea que decía militar en las filas antivandoristas (...) (222)

Algunos aspectos son comunes en estos relatos: la entrada a la militancia a través de grupos generalmente pequeños, la versatilidad de los cambios de pertenencia de un grupo, movimiento o partido a otro de acuerdo a las permanentes alianzas o rupturas ideológicas, la voraz absorción de la teoría marxista en sus múltiples vertientes. La intensidad de la experiencia posibilita un aprendizaje al cabo del cual el sujeto está en condiciones de contar con los materiales específicos básicos que construyen su identidad. Una identidad que, dado el acentuado antiintelectualismo de la época, se definía mayoritariamente a través de la militancia política.

Las formas del pasado

Hasta aquí las relativas coincidencias en torno a una experiencia común. Las diferencias se revelan, significativamente, en los modos narrativos en que se codifican estos relatos. En las novelas de aprendizaje el protagonista y narrador coincide desde el presente de la enunciación con el universo de valores que envuelve su proceso de formación, instalado en el pasado. En los textos estudiados, sin embargo, la cercanía o distancia ideológica entre estos dos tiempos determina el registro en el que ese proceso de aprendizaje es narrado. He trabajado en este punto con la hipótesis de que la relación presente con el marxismo, y con el universo de prácticas identitarias que éste prescribe, es la clave determinante del registro del relato del pasado. A partir de esa clave de lectura, pueden definirse diversas dominantes discursivas en las que he distribuido estas narraciones autobiográficas: el relato cínico, el relato irónico, el relato escéptico, el relato utópico. Sin embargo, más allá de esa dominante, los relatos poseen en general instancias en las que los otros registros participan de algún modo, ya sea en las valoraciones del pasado como en la fijación de posiciones presentes. Resulta altamente sugestivo la forma en que cada relato combina esos registros.

A medida que la distancia presente con el marxismo es mayor, el relato autobiográfico registra al menos dos variantes: el relato cínico y el irónico. El primero permite mantener una distancia casi absoluta, tanto descriptiva como crítica, entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación. Es el caso paradigmático, pero no exclusivo, de Emilio de Ipola. Su registro cínico le permite tomar los argumentos de sus críticos —el moderatismo, la actitud acomodaticia, la pose—, y hacerlos suyos pero colocarse en una especie de “más allá” de su biografía

intelectual en el que ya no pueden encontrarse rasgos de un intelectual vinculado a la política:

La reflexión que hago sobre mi biografía me lleva a distinguir entre las posiciones que tomé y las actitudes que tuve. Las posiciones fueron variadas: podían ser más de izquierda, como adherir al MIR o al Partido Socialista de Vanguardia, o más moderadas (...); pero independientemente de esas posiciones, la actitud siempre fue moderada. Estando en el MIR argumentaba contra la lucha armada. Este es un rasgo que me caracterizó siempre de manera constante. En mis posiciones hubo bastante de pose intelectual. Era muy radical desde el punto de vista teórico, por ejemplo, cuando fui althusseriano de izquierda (...); pero insisto en que en esta posición intelectual, en tanto que actitud ideológica, había mucha comodidad, mucho de pose y de forma de distinción. O sea, moderación más pose. (154-5)

Desde esa "otredad" es posible una visión que al tiempo que otorga razones, evita que la autocrítica conduzca a una modificación de su identidad intelectual, porque clausura un horizonte de futuras prácticas: "Mi biografía política termina más o menos ahí. Ahora sigo trabajando en la Universidad y soy parte del Club de Cultura Socialista" (154), afirma conclusivamente. Como los cínicos griegos que argumentaban contra Platón la inexistencia de esencias universales de las cosas, este cinismo se excusa de pensar y buscar una verdad fuera de la órbita individual y relega al ámbito del disvalor a toda práctica vinculada a lo político-social. Por eso el relato de la militancia es narrado desde la parodia. Toda extensión hacia lo social, más aún, toda radicalización de esa actitud, se invierte. El extremismo ideológico como parodia del moderatismo.

¿Qué identidad intelectual sostiene este discurso? Claramente aquella que ha tomado una distancia teórica extrema con los postulados que sostuvieron el universo de la militancia, particularmente con el marxismo. De Ipola señala tres etapas o

estaciones por las que los intelectuales postmarxistas transitaron: la primera, durante los años sesenta y setenta, momento de la máxima adscripción a su paradigma, en el que existía una suerte de tratamiento religioso del marxismo; la segunda, iniciada a mediados de los setenta, de progresivo rechazo y hasta satanización del marxismo; la tercera, y actual, en la que estos intelectuales comienzan a “mantener una relación laica con Marx” (157). Los distintos registros de su relato autobiográfico materializan esas etapas. Si a la primera le corresponde el discurso cínico es porque la tensión entre una práctica intelectual y política pensada en términos de adscripción dogmática al marxismo ha perdido todo valor en el presente de la enunciación, que corresponde a la tercera etapa. En la autopercepción de ese presente, no obstante, de Ipola consigue revertir el cinismo del relato y establecer esa “relación laica”, aunque ella se sostiene sobre la pérdida de su “biografía política”. El marxismo ya no es un universal.

El registro irónico, no tan extremo como el anterior, posee sin embargo una distancia discursiva igualmente significativa. En el discurso de Martín Caparrós, el registro cínico del pasado deja paso al irónico y, en algunos pasajes, al satírico. El relato de los primeros años de militancia está tramado en una narrativa que rehuye toda construcción épica y causalista; aquel pasado que parecía tener un conjunto de fundamentos y de finalidades inscriptas sólidamente en un imaginario colectivo que justificaba la lógica de las prácticas intelectuales y políticas, es entramado desde un presente de la enunciación que descrea y, por tanto, transforma las lógicas de funcionamiento y el universo de valores de los actores del pasado, incluido el propio Caparrós. El resultado es un discurso irónico en el que el sujeto autobiográfico asume el relato de su pasado “como si” no hubiera quiebres ideológicos con su presente pero que, en el mismo relato, deja todas las marcas de esa ruptura. Esta distancia, este quiebre, queda manifiesto en un relato en el que las adscripciones y las prácticas políticas de los sujetos responden predominantemente a la lógica del azar, o a la del poder de las jerarquías de las organizaciones, pero no a la

lógica política sobre los cuales estaban asentados los fundamentos de valor de la militancia:

Me incorporé al peronismo siendo estudiante secundario, a través del MAS, agrupación que, como decía, fue la antesala de la UES montonera. Pero mi incorporación al MAS tuvo mucho de azarosa. Estaba en una división, la cuarta de tercer año, solamente integrada por hombres y muy quilombero. Una vez, uno de mis compañeros hizo una redacción en la que sostenía que la Coca Cola servía como agente de penetración del imperialismo. Lo escuché con cierto desdén y en el recreo le dije: “Vos hablás y en el recreo le dije: “Vos hablás y hablás pero no hacés un carajo”. Me discutió un poco, pero yo le discutía todo con el argumento de que lo suyo era pura cháchara. Se la morfó durante un rato —supongo que habrá ido a consultar con los que pronto serían mis compañeros— y me citó para el día siguiente en el bar El Querandí. Ahí, tres o cuatro de mis condiscípulos me dijeron que formaban parte del MAS —aunque no me dijeron que “eran” el MAS— tal vez para no apenarme con lo mínimo del aparato ofrecido. Me contaron que apoyaban al peronismo revolucionario, insistiendo con el clásico argumento de que era imposible la revolución sin el pueblo y que el pueblo en Argentina era peronista: el viejo truco del entrismo con alguna salsa renovada. Yo tenía una especie de urgencia por hacer algo, no me importaba demasiado la etiqueta, y esa tarde pasé a formar parte del MAS, con un peronismo absolutamente mínimo —nunca conseguí suficiente entusiasmo peronista—, pero convencido por esa argumentación. En ese momento, el MAS de la Capital éramos doce personas, ocho de las cuales estábamos en mi división: un verdadero foco. (47)

Valga la longitud de la cita para captar los registros que intentamos destacar. Sabemos que para que la ironía se produzca hay que hacer “como si” ese discurso se produjera realmente en la

enunciación misma, como si el enunciador asumiera realmente ese discurso. Este hacer como si, instala la posibilidad de representar un pasado vivido como épico y narrado como cómico, y aún como satírico (para seguir las formas propuestas por Hayden White); permite, asimismo, distanciarse del enunciado producido controlando las valorizaciones presentes desde la enunciación. Tal instancia hace ostensible que a la intención de diferenciarse del responsable de los actos, el enunciador le agrega —por vía de la ironía— una sanción negativa a todos aquellos aspectos que se valorizaban como estratégicos en la militancia de los setenta.

La continuidad del relato autobiográfico de Caparrós corrobora una sucesión de desacuerdos con las organizaciones montoneras, particularmente con sus postulados y su jerarquía, hasta su desvinculación total durante el exilio. No obstante, así como sucede con el inicio de la militancia, la ruptura tampoco es presentada como el resultado de un proceso explicable en términos políticos, sino personales: “Dejé de militar en Montoneros, en setiembre u octubre de 1975. Sospecho que tenía ganas de pelearme, más que nada porque estábamos estancados y la militancia se estaba transformando en un embole; ellos me dieron una excusa perfecta” (50). Lejos del horizonte de heroísmo en el que los militantes montoneros llamaban a las ofensivas durante esos meses previos al golpe, Caparrós describe un alejamiento cargado de “miedo, hastío, descreimiento de una política que se volvía cada vez más autista” (51).

El relato escéptico corresponde a los textos cuyos narradores mantienen una relación ambigua y compleja con el marxismo: porque, si por una parte éste es “un volcán apagado” (Altamirano), en tanto foco de inspiración política, por otra prosigue vigente en el horizonte como cuerpo intelectual. De allí que el relato sobre el pasado no se encodifique en los registros anteriores. No obstante, en esta tensión, los textos se inclinan por una visión escéptica de las reales posibilidades presentes de que aún un marxismo reformado pueda sostener el conjunto de las identidades de izquierda. En los relatos de Sarlo y Altamirano, por ejemplo, el quiebre ideológico no se resuelve a través de la mirada

cínica o irónica. Hay una expresa valoración del pasado y de cada una de las “estaciones” por las cuales transcurrió la militancia (el peronismo, la izquierda revolucionaria, etc.). A diferencia de Caparrós, Altamirano y Sarlo mantienen incontaminadas en sus relatos del pasado las argumentaciones político-ideológicas de cada uno de sus movimientos. Es el presente de la enunciación el que establecerá una distancia respecto de esa experiencia. Y si bien Sarlo encuentra todavía valores en ella (“la preocupación por abandonar el propio suelo social, por ser una viajera que se desplaza desde su lugar de origen para explorar otros espacios sociales y culturales”, 225), la distancia operada por la ruptura ideológica genera una suerte de “otredad” respecto de esa identidad que ya no se siente como propia:

Hoy, evidentemente, estamos todos instalados en zonas bien delimitadas donde se refuerzan los elementos ideosincráticos; cada cual en su nicho, cada gato por su pared. Recupero de esos años el deseo de una sociedad recomunicada, en la que se puedan recorrer los capilares que vinculan sus partes. Es una idea cultural y políticamente interesante. Aparte de eso, *mi pasaje por la izquierda revolucionaria fue una pesadilla moral e intelectual, pero debería ser sincera y aclarar que no la viví como tal casi hasta que llegó el momento de la ruptura. Hoy lo pienso como una pesadilla y me pregunto cómo pude hacer y decir muchas cosas que hice y que dije.* (225, Énfasis mío)

Lo que Sarlo percibe como pérdida dentro de esa experiencia es la condición del intelectual crítico quien, dentro de las diversas estructuras de la izquierda, debía luchar contra una máquina interpretativa que “razonaba contra toda evidencia”. La pesadilla consistía precisamente en conciliar la rigidez ideológica de la izquierda revolucionaria y el espíritu crítico de los intelectuales. No obstante, hay una zona compuesta por un universo de prácticas (vinculado principalmente al sindicalismo

clasista de Córdoba) y una intensa inmersión en esos años dentro del cuerpo teórico del marxismo que perduran como un sustrato fuerte y que sostiene el andamiaje valorativo de ese período de su autobiografía intelectual. El escepticismo se instala, entonces, no sobre ese pasado plagado de claroscuros, sino en las posibilidades del presente de reconstruir algún tipo de continuidad con ese pasado. La alusión al quiebre de la identidad intelectual que esa imposibilidad acarrea es expresa:

No me parece interesante la inclinación historicista de ir a buscar en el pasado aquello que no se desarrolló pero que, traído al presente, tendría la posibilidad de desarrollarse. No creo en esas operaciones que suponen que el pasado está conservado en frío y que si uno logra descongelarlo podría fructificar en el presente (...) Por otro lado, esas izquierdas —la comunista sin dudas, pero la socialista también— funcionaban dentro de una configuración política que se ha cerrado para siempre no sólo en la Argentina. No veo la razón para buscar elementos identitarios en algo que está clausurado para siempre. (234)

La forma en la que Sarlo reconfigura la identidad intelectual responde directamente a su convicción de la inviabilidad del socialismo como meta política que intente ir más allá de un horizonte de reformas. Dentro de este esquema, en donde la concepción de la política y del orden social ha sido fuertemente reconfigurada, el rol intelectual es percibido a partir de una intervención como interlocutor y como crítico de la política: “con el perfil del ciudadano que se hace cargo de aquello que no está directamente ligado a sus intereses sociales, económicos o culturales” (243). Si el escepticismo gobierna todas las aseveraciones sobre las posibilidades de reconstitución del paradigma marxista y su concreción en un improbable regreso del socialismo, este sentimiento se expande en Altamirano más allá de esas fronteras. Su resistencia a buscar en otro paradigma el relevo

teórico frente a la caída del marxismo se basa en la convicción de que los procesos contemporáneos no pueden pensarse a partir de una única teoría general del cambio que prevea las formas que derivarán de las múltiples —y no única— lógicas de funcionamiento del orden social.

La actitud escéptica respecto del marxismo y de un supuesto paradigma alternativo no conduce, para Altamirano, “al conformismo intelectual y a su complemento, el conformismo político” (31), pero lo coloca en el mismo universo que tiene como horizonte el reformismo al que aludía Sarlo. Un reformismo que no se identifica con aquella clásica dicotomía reforma/revolución y que dirimía los “medios” políticos hacia un mismo final. Se trata de un “nuevo reformismo de izquierda” —enfrentado al neoliberalismo— “que ha hecho el duelo de algunas de sus antiguas certidumbres y que no se ata a ninguna filosofía de la historia que contemple el presente a la luz de ningún Gran Fin que estaría en el futuro” (41). Aquí esta idea finalista de la historia está desterrada y en su lugar queda una idea secular de la izquierda. La duda de Altamirano es si esa visión secularizada puede efectivamente seguir sosteniendo el horizonte de expectativas de la izquierda. La respuesta puede encontrarse en el relato de su presente:

Hoy por hoy soy más bien crítico, no tengo expectativas inmediatas. No veo los signos en el mundo social y político que hagan pensar en un renacimiento y acá no hablo sólo de la izquierda. No tengo una expectativa de que finalmente la marea vuelva, porque no creo que vuelva en los términos en la que la hemos conocido y hasta dudo que se pueda hablar de una marea. No veo en la actualidad los signos que hagan pensar en la aparición de movimientos de renovación social y política de envergadura. No estoy diciendo que no ocurra nada; seguro que algo ocurre, pero ocurre de manera molecular y esas son cosas más difíciles de percibir, que sólo después de maduras se revelan y arman un cierto cuadro. (36)

El relato escéptico proyecta una clara dificultad, y en algún sentido una franca resistencia, a definir una identidad intelectual en términos conclusivos. La movilidad y provisionalidad de las convicciones, la renuencia a fijar marcas definitivas sobre un escenario volátil, construye un lábil universo identitario en las antípodas de aquel gesto del pasado en el que la hiperidentificación diseñaba precisos y excluyentes espacios de pertenencia. Definiendo diversos sectores de la izquierda intelectual y refiriéndose a su grupo (en el que Sarlo está incluida), Altamirano delinea los siguientes contenidos identitarios:

Se trata de un sector de fronteras inciertas, sin articulación política y que remite antes que a faros ideológicos y teóricos a una subjetividad de izquierda, mejor dicho, a una subjetividad constituida históricamente en el marco de la cultura de izquierda y que es sensible a la cuestión de la igualdad como a ninguna otra y a los lazos que la desigualdad tiene con la distribución social de la riqueza y del poder. (...) . Esta disposición, adversa a las desigualdades (...) es un elemento insuprimible de la izquierda y mantiene en ella la tensión reformadora. ¿Pero es suficiente la sensibilidad igualitaria para afirmar una nueva identidad de izquierda? (41)

Aquel “nuevo reformismo” sería entonces un horizonte posible en el que esa “nueva identidad” podría sostenerse. Por el momento, es todo lo que se vislumbra como hipótesis de futuro.

La mayor estructuración del universo identitario de la izquierda puede encontrarse en el relato utópico o prospectivo de González, Gruner y Tarcus, quienes, aún cuando comparten una visión crítica del marxismo, mantienen la convicción de que es posible todavía sostener el pensamiento y la práctica intelectual desde sus coordenadas. De allí que sus relatos mantengan una particular coherencia, no exenta de crítica, que posibilita encontrar líneas conectoras entre la identidad pasada y la presente, así como

posibilidades de proyección futura. En varios sentidos, el relato de Gruner es un reverso de los dos inmediatos anteriores. Si en el relato de su pasado se permite más de una instancia de distanciamiento, a veces en tono francamente socarrón (“Confieso con toda sinceridad que ya en ese entonces pensé que estaban totalmente locos. No es que yo tuviera una claridad teórica y política demasiado afinada (...) pero, instintivamente, me pareció que el foquismo, la guerrilla y el llamado campesinado argentino no era más que un delirio cosmogónico” (112), y si además fija el final de su militancia en 1976 con algunos acercamientos esporádicos a la política a partir de 1983, podría conjeturarse en él una probable debilidad teórica presente en relación al pensamiento de izquierda. No obstante, el presente de la enunciación produce un texto de autobiografía intelectual fuertemente anclado en el paradigma marxista:

Punto uno: para mí todavía hoy ser y pensarse de izquierda es básicamente ser marxista aunque con sólo eso, desde luego, no alcance. Vuelvo a la conocida frase de Sartre, creo que el marxismo sigue siendo “el gran horizonte de nuestra época”. Más allá de toda la reflexión que se pueda hacer sobre la caída de los socialismos reales, el marxismo sigue vigente porque no era una teoría de esos socialismos reales, sino una teoría crítica del capitalismo. Y el capitalismo sigue existiendo, aunque ya no con la misma fisonomía que tenía ciento cincuenta años atrás y ni siquiera veinte años atrás (...). No obstante esta vigencia, el marxismo está en deuda teórica con una cantidad enorme de temas y perspectivas (...). Porque para mí el marxismo no es un repertorio cerrado de temas, o una reserva de objetos, sino, y lo digo con una metáfora althusseriana, es un modo de producción de conocimiento y, por lo tanto está en movimiento permanente. (123-24)

Este “más acá” de su posición en relación al marxismo le posibilita colocarse en una zona de inclusión pero de severa crítica

a sus postulados más duros. La prospectiva de Gruner se centra, precisamente, en proponerse como meta la tarea de la renovación de ideas en el interior del pensamiento marxista que contrarresten de algún modo las lógicas de la episteme posmoderna, o como la llama Jameson y repite Gruner, la lógica cultural del capitalismo tardío. Existe en su relato una hiperconciencia de que una identidad intelectual forjada en estos propósitos debe rehuir tanto el dogmatismo que la negatividad de su tradición le ha marcado cuanto la “dispersión de identidades” que la crisis del marxismo posibilitó. Esta conciencia alcanza a percibir también las tensiones que se producirían con la izquierda política argentina, en la medida en que el dogmatismo y el esclerosamiento de sus estructuras partidarias no permitirían una instancia de revisión semejante a las de la izquierda intelectual.

Gruner, como González, advierte en el campo intelectual una profunda anomia, una estandarización del pensamiento crítico en los marcos del pensamiento académico. Su salida es claramente adorniana: se trata de recuperar aquella negatividad, aquel pensamiento trágico. Su discurso se coloca, no obstante, en un “más allá” de lo escéptico y en un “más acá” de lo utópico: “Por ahora no tengo ningún optimismo y no me hago ilusiones al respecto, por ejemplo, de la posibilidad de la revolución; tendría que estar loco para albergar esas ilusiones, pero (...) es la revolución o es resignarnos a lo que hoy nos domina” (137). Crítica y reforma a fondo, pero dentro de la radicalidad del pensamiento marxista.

En el caso de González, el relato del pasado está minuciosamente detallado con un cuidado que nos advierte sobre la necesidad de su narrador de no tomar distancia de él. Al contrario de los relatos anteriores, no hay aquí instancias de quiebre sino momentos o modulaciones diferenciadas de un pensamiento que transcurre desde el nacionalismo de izquierda de los sesenta y setenta al pensamiento democrático de los ochenta (González formó parte del grupo de intelectuales de la renovación peronista y de la revista *Unidos*), y que llega a los noventa con la convicción de que existen elementos de ese pasado que no son

residuales sino que tienen altas condiciones de productividad presente, a pesar de un escenario desalentador. Una de las apuestas del relato sobre las perspectivas de la izquierda tiene que ver con la necesidad de reconstruir su universo discursivo, uno de los aspectos que pueden señalarse como denunciadores de una de las mayores brechas que dejó la caída del paradigma marxista: “En esencia: una función de la izquierda como el intento de volver a asociar discurso e historia, volver a pensar en grandes discursos. (...) Creo que puede ser un buen paso en la reconstitución de la izquierda, avanzar en la reconstrucción de su texto trascendental” (102-3).

El intento de González es ciertamente aquél que Altamirano y Sarlo consideran destinado al fracaso, toda vez que la izquierda estaría imposibilitada de reconstruir tal universo en las condiciones actuales. González vincula esta tarea al rol del intelectual que ya no encuentra otros modos de reconectarse con el resto del tejido social y que, además, está sucumbiendo frente a dos ámbitos de intervención clave: los medios de comunicación y la universidad. En ambos, se acuña, según González, una identidad que contrarresta la condición crítica del discurso intelectual. Particularmente en el ámbito académico, la preocupación se dirige a la relación entre la institucionalización y la neutralización del pensamiento crítico:

Hay múltiples indicios que advierten que se marcha hacia un tipo de intelectual aceptado, en tanto que se inhibe de pensar las condiciones de producción en las que se encuentra inserto (...) Una gran pregunta es si podrá seguir existiendo en la Argentina la vida intelectual y si ésta tendrá lugar en la Universidad. Si entre los medios de comunicación y el estilo universitario dominante se está poniendo en práctica una fuerte proscripción de la lengua crítica, la pregunta que debemos hacernos los intelectuales de izquierda es la de cómo contrarrestar el posible y cercano destierro. En fin, por ahora quedan la literatura, las escrituras de gabinete, solitarias y algunas otras que

tengan la buenaventura de alcanzar una difusión amplia y legítima. (107-8)

Frente a la anulación del universo de prácticas políticas, en el discurso de González la apuesta prospectiva está dada “por ahora” a través de la generación de un discurso que rescate al intelectual crítico del fuego cruzado de la frivolidad de los medios y la domesticación del pensamiento académico. En contraste, Gruner avanza más allá de lo discursivo; para él hay todavía un desideratum del intelectual de izquierda en el orden de las prácticas políticas: “Intervenir significa hacer política, porque, al revés de lo que piensan muchos “decepcionados” de la política tal como está, la política no está hecha: ser de izquierda es reinventarla todos los días” (145). Los límites de esa intervención política deben avanzar más allá del horizonte de lo posible o lo probable, cargarse al máximo de una “subjetividad trágica” que se oponga al “Destino”:

Los sujetos “posmodernos” nos hemos vuelto *cómicos* —o mejor, “farsescos”, como diría Marx— junto con nuestra cultura. Ser de izquierda hoy quiere decir admitir esa cominidad, pero pelear contra ella. (...) Porque (...) ser de izquierda hoy es imaginarse como los últimos guardianes de lo que hubo de magnífico en los “grandes relatos” de la historia y la cultura. Es por tanto, un rasgo desmedido, un exhabrupto del optimismo de la voluntad: es apostar a que todavía sea posible alguna forma de civilización. (146)

Finalmente, la posición de Horacio Tarcus no difiere sustancialmente de las dos anteriores, en particular en lo que se refiere a la vigencia del universo teórico del marxismo como plataforma de debate de un conjunto clave de problemas contemporáneos. Tarcus, colocado en una franja generacional más joven, elabora su relato del pasado en estricta contiguidad con el universo de valores del presente de la enunciación. A diferencia de

los relatos anteriores, su diferencia generacional le permite poseer una hiperconciencia de la necesidad de instancias críticas dentro del pensamiento de izquierda desde el inicio mismo de la militancia. De allí se diseña una trayectoria intelectual en la que ambas conviven y en la que no aparece una ruptura sino por el contrario una consolidación de convicciones dentro de la órbita de un marxismo en permanente proceso de revisión y producción. Desde esta perspectiva, Tarcus no duda en responsabilizar del “borramiento de la cultura marxista” al conjunto de intelectuales sesentistas que, al asumir lugares institucionales claves durante la transición, despolitizaron el pensamiento teórico. A la hora del balance, su juicio es incisivo: “(...) se podría decir que han sido muy buenos profesores, buenos investigadores, mediocres gestores de la universidad y pésimos intelectuales. Digo pésimos como intelectuales en términos de sus cambiantes compromisos políticos, siempre donde iba la corriente: fueron, sucesivamente, comunistas, guevaristas, peronistas, eurocomunistas, socialdemócratas, alfonsinistas, frepasistas, aliancistas...Casi nunca nadaron a contracorriente, ni se caracterizaron por su voluntad de disentir, o por su heterodoxia, que son las notas que definen al intelectual radical” (266).

De todos los intelectuales entrevistados, Tarcus es el único que en su relato habla de la necesidad de “rehabilitar la dimensión utópica” en la que la identidad intelectual pueda articularse luego de un intenso proceso de revisión y renovación de sus contenidos. La utopía no se define como un “no lugar” o como el “mejor lugar”, sino como un proceso en el que nunca se da una plena realización pero al que indefectiblemente debe apostarse. De los tres relatos prospectivos, éste es el que con más claridad avanza hacia la explicitación de un horizonte de realización. Concretamente, Tarcus propone como paso inicial y condición de posibilidad para la existencia de una izquierda en el futuro, un “profundo proceso de reforma intelectual y moral” seguido de una organización en torno a un proyecto colectivo de naturaleza horizontal que promueva prácticas culturales y políticas resistentes tanto a la lógica partidaria como a la académica:

Previo a la irrupción de todo movimiento político de envergadura siempre hubo largos procesos de incubación político-intelectual en los que se forjaron relaciones múltiples entre grupos, revistas, editoriales, sindicatos, docentes, grupos estudiantiles, etc. (...) Durante ese tiempo va a ser necesario llevar a cabo todo el proceso crítico del que hablé, actualizar nuestra cultura política y apropiarnos, críticamente, de los mejores desarrollos de la cultura de izquierda. (...) Es necesario llevar adelante esta tarea pendiente en forma colectiva, a través de instituciones propias de la sociedad civil. Con esto no quiero decir que, por ejemplo, no tengamos que dar el debate al interior de la Universidad, pero sí que no debemos quedarnos encerrados dentro de los muros de la academia. (...) Por lo tanto, me parece que es bueno crear instancias independientes: revistas, grupos de estudio, foros de discusión, editoriales, bibliotecas, centros (...) Inventar formas de intercambio, de comunicación, de discusión, de elaboración colectiva que se parezcan lo menos posible a las estructuras de poder propias de los campos académicos y de los campos políticos, y lo más posible a verdaderas comunidades de pensamiento. (280-81)

La cita capta la forma en la que Tarcus está pensando la conformación de una nueva identidad intelectual de izquierda: autocrítica, renovada, colectiva, horizontal, resistente a las viejas prácticas y propulsadora de nuevas formas de intervención política. Si el relato de Gruner y el de Tarcus se parecen, podría decirse que difieren en el hecho de que éste último ofrece instancias de concreción específicas de la prospectiva política del intelectual de izquierda, más allá de la enunciación de la negatividad. En Tarcus, a diferencia del resto de los intelectuales estudiados, el registro utópico no está en el relato del pasado sino en el del futuro.

He intentado hasta aquí dar cuenta de un trabajo que se encuentra en pleno proceso de elaboración y que, por tanto, seguramente estará sujeto a necesarias modificaciones y ampliaciones. El recorrido por uno de los textos del corpus cumplió con el objetivo de demostrar en un universo acotado pero denso en su diversidad, la dificultad en dar por clausurada una identidad que, como hemos visto, dista tanto de ser homogénea cuanto de mostrar colectivos signos de agotamiento.

NOTAS

¹ Esta segunda línea de investigación se enmarca en el proyecto *Una cultura para la democracia en América Latina* (LASC/UM) que desde sus inicios en 1995 viene analizando las problemáticas postransicionales que enfrentan las culturas latinoamericanas en un escenario que tensiona los marcos democráticos con profundas transformaciones estructurales (Sosnowski y Patiño).

² Sobre este punto, dice Graciela Montaldo: “La identidad intelectual se había definido durante esas décadas más bien por una posición de crítica o de abierta resistencia a las instituciones donde las instituciones, althusserianamente, se veían como el lugar al que el intelectual crítico debía resistir. Precisamente porque las instituciones desde los cuales el poder se manifestaba y ‘alienaba’ (en lenguaje de la época) a los individuos. La característica de profesionalidad de los intelectuales argentinos, incluso hasta hoy cuando el profesionalismo es un requisito de las políticas neoliberales en los centros académicos, tiene que ver con esa identidad que se define *en contra* el Estado y las instituciones”. (18) Precisamente porque coincido con este punto de vista, no concuerdo con su afirmación de que, al finalizar la dictadura, “los intelectuales encuentran regresar a él como el gesto más *natural*” (18).

³ Al respecto, dice Oscar Landi: “A fines de los años 80 e inicios de los 90 se combinaron, entonces, tres factores estructurales decisivos en el cambio de perfil del sistema audiovisual argentino: la privatización de los canales de TV abierta de la Capital, en manos del Estado; la firma del Tratado bilateral que permite la participación de personas o sociedades estadounidenses en servicios de televisión argentinos y el salto tecnológico que posibilitó la convergencia entre las telecomunicaciones y la radiodifusión. La combinación de estos tres factores aceleró un

proceso de cambio caracterizado por la simultánea concentración empresarial y por la expansión de las audiencias” (313, Traducción mía).

⁴ Los intelectuales entrevistados en los libros citados son los siguientes: *Rebeldes y domesticados*: Ricardo Piglia, León Rozitchner, David Viñas, Tomás Abraham, José Pablo Feinmann, Osvaldo Bayer, Eduardo Pavlovsky (junto a otros intelectuales extranjeros). *Pensar la Argentina*: Tulio Halperín Donghi, Daniel James, Oscar Terán, Hilda Sábado, Natalio Botana, José Carlos Chiaramonte, Beatriz Sarlo, Juan Carlos Torre. *Las ideas y los historiadores*: Hugo Biagini, Natalio Botana, José Emilio Burucúa, Horacio Cerutti Guldberg, José Carlos Chiaramonte, Hebe Clementi, Fernando Devoto, Jorge Dotti, Ezequiel Gallo, Marcelo Monserrat, Ezequiel de Olaso, Arturo A. Roig, Beatriz Sarlo, Víctor Tau Anzoátegui, Oscar Terán, Hugo Vezzetti, Félix Weinberg, Gregorio Weinberg, Enrique Zuleta Alvarez, Alejandro Cattaruzza, Jorge Cernadas, Silvia Delfino, Daniel de Lucía, Adrián Gorelik, Eduardo Hourcade, Alberto Lettieri, Jorge Myers, Elías Palti, Pablo Pavesi, Leticia Prislei, Sylvia Saitta, Eduardo Zimmermann. *La izquierda en la Argentina*: Carlos Altamirano, Martín Caparrós, Horacio González, Eduardo Gruner, Emilio de Ipola, León Rozitchner, Beatriz Sarlo y Horacio Tarcus.

⁴ Sobre este tema en Argentina, véase Novaro y Palermo: *Los caminos de la centro-izquierda*.

BIBLIOGRAFIA

- Angel, Raquel. *Rebeldes y domesticados*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1992.
- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, las posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Bobbio, Norberto. *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós, 1998.
- “Editorial”. *El Rodaballo*. (1: 1994): 3.
- Garretón, Manuel A. (coord.) *América latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Debates y perspectivas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1999.
- Herreros, Alejandro y Fabián Herreros. *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual de los años 90*. Santa Fe: Univ. Nac. del Litoral, 1996.
- Hora, Roy y Daniel Trímboli (entrev). *Pensar la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto/Imago Mundi, 1994.
- Iturrieta, Anibal (comp.). *El pensamiento político argentino*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1994.
- Landi, Oscar. “Buenos Aires: industrias e políticas culturales”. José Alvaro Moisés et al. *Culture e democracia*. Vol 3. Rio de Janeiro: Fondo Nacional de Cultura, 2002.
- Lechner, Norbert. “Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo”. FILMUS, Daniel (ed). *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: FLACSO/Eudeba 1999.
- Maldonado, Tomás. *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*. Barcelona: Paidós, 1998.
- Montaldo, Graciela. *Intelectuales y artistas en la sociedad civil argentina en el fin de siglo*. Working Papers N° 4, Latin

- American Studies Center, University of Maryland, College Park, 1999.
- Novaro, Marcos. *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*. Buenos Aires: Letra Buena, 1994.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo . *Los caminos de la centroizquierda*. Buenos Aires: Losada, 1998.
- Nun, José. *Democracia. ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Patiño, Roxana. *Campo intelectual, campo cultural y transición política: el periodismo cultural argentino (1981-1987)*. Tesis de doctorado, University of Maryland, College Park, 1995.
- ."Culturas en transición: reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta", *Revista Interamericana de Bibliografía*, OEA, Vol. XLVIII, No. 2, 1998, pp.481-506.
- Podlubne, Judith. "El pensamiento de la crítica (Beatriz Sarlo y Horacio González)". *Boletín* 6 (octubre 1998).
- Portantiero, Juan Carlos *El tiempo de la política*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, 2000.
- Sosnowski, Saúl y Roxana Patiño (comp). *Una cultura para la democracia en América Latina*. México: FCE/UNESCO, 1999.
- Trímboli, Javier. *La izquierda en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Manantial: 1998.
- Williams, Raymond *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Península, 1980.
- , *Cultura*. Barcelona: Paidós, 1982.

---ALSO AVAILABLE FROM LASC---

ISSUES IN CULTURE, DEMOCRACY, AND DEVELOPMENT

No. 1 **Bernardo Kliksberg**

Un tema estratégico: el rol del capital social y la cultura en el proceso de desarrollo

No. 2 **Sergio Ramírez**

Vigores dispersos (Centroamérica: los retos pendientes de la construcción democrática)

No. 3 **Bernardo Kliksberg**

The Role of Social and Cultural Capital in the Development Process [English version of No. 1]

ORDER FORM

Papers available at \$3.00 each (**double volume \$6.00). Personal copies can be requested free of charge. Make checks payable to the **University of Maryland** and send your order to: Latin American Studies Center; University of Maryland; 0128 B Holzapfel Hall; College Park, MD 20742. FAX (301) 405-3665.

Name _____

Address _____

Zip code/Country _____

Amount enclosed: \$ _____

~~ALSO AVAILABLE FROM LASC~~

LATIN AMERICAN STUDIES CENTER SERIES Working Papers

- No. 1 **Luis H. Antezana**
Dos conceptos en la obra de René Zalaveta Mercado
- No. 2 **Oscar Terán**
Rasgos de la cultural intelectual argentina, 1956-1966
- No. 3 **Rafael Gutiérrez Girardot****
La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XLX
- No. 4 **Ileana Rodríguez**
Transición: Género/Etnia/Nación. Lo masculino
- No. 5 **Regina Harrison**
'True' Confession: Quechua and Spanish Cultural Encounters in the Viceroyalty of Peru
- No. 6 **Carlos Altamirano**
Peronismo y cultural de izquierda (1955-1965)
- No. 7 **Irene Silverblatt**
Honor, Sex and Civilizing Missions in the Making of Seventeenth-Century Peru
- No. 8 **Barbara A. Tenenbaum**
Mexico and the Royal Indian — The Porfiriato and the National Past
- No. 9 **David M. Guss**
"Indianness" and the Construction of Ethnicity in The Day of the Monkey
- No. 10 **Agustín Ramos**
Historia verdadera del duende de las minas

ORDER FORM

Papers available at \$3.00 each (**double volume \$6.00). Personal copies can be requested free of charge. Make checks payable to the **University of Maryland** and send your order to: Latin American Studies Center; University of Maryland; 0128 B Holzapfel Hall; College Park, MD 20742. FAX (301) 405-3665.

Name _____

Address _____

_____ Zip code/Country

Amount enclosed: \$ _____

~~ALSO AVAILABLE FROM LASC~~

1992 LECTURE SERIES Working Papers

- No. 1 **Miguel León-Portilla**
Mesoamerica 1492, and on the Eve of 1992
- No. 2 **Luis Villoro**
Sahagún or the Limits of the Discovery of the Other
- No. 3 **Rubén Bareiro-Saguier**
Los mitos fundadores guaraníes y su reinterpretación
- No. 4 **Dennis Tedlock**
Writing and Reflection among the Maya
- No. 5 **Bernardo Ortiz de Montellano**
Syncretism in Mexican and Mexican-American Folk Medicine
- No. 6 **Sabine G. MacCormack**
*Children of the Sun and Reason of State:
Myths, Ceremonies and Conflicts in Inca Peru*
- No. 7 **Frank Salomon**
*Nightmare Victory: The Meanings of Conversion
among Peruvian Indians (Huarochirí 1608?)*
- No. 8 **Franklin Pease**
Inka y kuraca. Relaciones de poder y representación histórica

ORDER FORM

Papers available at \$3.00 each (**double volume \$6.00). Personal copies are available free of charge. Make checks payable to the **University of Maryland** and send your order to: Latin American Studies Center; University of Maryland; 0128 B Holzapfel Hall; College Park, MD 20742. **FAX** (301) 405-3665.

Name

Address

Zip code/Country

Amount enclosed: \$ _____

~~ALSO AVAILABLE FROM LASC~~

1992 LECTURE SERIES Working Papers (cont.)

No. 9 Richard Price

Ethnographic History, Caribbean Pasts

No. 10 Josaphat Kubayanda

On Colonial/Imperial Discourse and Contemporary Critical Theory

No. 11 Nancie L. González

*Prospero, Caliban and Black Sambo. Colonial Views
of the Other in the Caribbean*

No. 12 Franklin W. Knight

*Christopher Columbus: Myth, Metaphor, and Metamorphosis
in the Atlantic World, 1492-1992*

No. 13 A. Lynn Bolles

*Claiming Their Rightful Position: Women Trade Union Leaders
of the Commonwealth Caribbean*

No. 14 Peter Hulme

Elegy for a Dying Race: The Caribs and their Visitor

No. 15 Ida Altman

Moving Around and Moving On: Spanish Emigration in the Age of Expansion

No. 16 Ramón A. Gutiérrez

The Political Legacies of Columbus: Ethnic Identities in the United States

ORDER FORM

Papers available at \$3.00 each (**double volume \$6.00). Personal copies are available free of charge. Make checks payable to the **University of Maryland** and send your order to: Latin American Studies Center; University of Maryland; 0128 B Holzapfel Hall; College Park, MD 20742. **FAX** (301) 405-3665.

Name

Address

Zip code/Country

Amount enclosed: \$ _____

LATIN AMERICAN STUDIES CENTER

Working Papers / Documentos de Trabajo

- No. 1* **Adolfo Gilly**
"Por una utopía cruel dejamos nuestras casas" (*Rue Descartes*)
- No. 2* **Raúl Vallejo**
Crónica mestiza del nuevo Pachakutik
(Ecuador: del levantamiento indígena de 1990 al Ministerio
Étnico de 1996)
- No. 3* **Jessica Chapin**
Crossing Stories: Reflections from the U.S.-Mexico Border
Bridge
- No. 4* **Graciela Montaldo**
Intelectuales y artistas en la sociedad argentina en el fin de
siglo
- No. 5* **Mieko Nishida**
Japanese Brazilian Women and Their Ambiguous Identities:
Gender, Ethnicity and Class in São Paulo
- No. 6* **Raanan Rein**
The Second Line of Peronist Leadership: A Revised
Conceptualization of Populism
- No. 7* **Soledad Bianchi**
Errancias, atisbos, preguntas: Cultura y memoria,
postdictadura y modernidad en Chile
- No. 8* **Hugo Vezzetti**
Historia y memorias del terrorismo de estado en la Argentina
- No. 9* **Alejandra Bronfman**
"Unsettled and nomadic": Law, Anthropology and Race in
Early Twentieth-Century Cuba
- No. 10* **Roxana Patiño**
Narrativas políticas e identidades intelectuales en
Argentina (1990-2000)

